

De los que no están muertos ni vivos

José María Barragán

"He pisado en el lagar yo solo, y no había conmigo nadie de las gentes. Los he pisado en mi furor y los he hollado en mi ira, y su sangre ha salpicado mis vestiduras / y he manchado todas mis ropas." (Isaías. 63, 3)

A mí (" *el que cierra sus oídos para no oír proposiciones sanguinarias y se tapa los ojos para no ver el mal* "), timorato, tímido, me escandalizaba lo que contabas impunemente (" *sus labios están llenos de furor, su lengua es como fuego devorador* ") y me intranquilizaba cómo lo hacías (" *su aliento es como torrente desbordado* ").

Tu miedo no estaba en la muerte, hacía tiempo que te acompañaba (" *dispon de tu casa, porque vas a morir, no curarás* ") y no ya como una fantasía intelectual sino como una esperanza (" *qué hermosos son sobre los montes, los pies del mensajero, que anuncia la paz* "). No podías soportar la idea de una apariencia repugnante. No querías que te viera, no querías ser visto (" *retiraos, retiraos, salid de allí, no toquéis nada inmundo* "). Quédate tranquilo, lo conseguiste: solo la extremada fragilidad de tu piel pegada a los huesos ofendía delicadamente, muy delicadamente, a la vista.

Pero hay otras cosas de ti que dañan, no podíamos quererte (" *sus frentes dan testimonio contra ellos, pues llevan, como Sodoma, sus pecados a la vista, no los disimulan* "). Nunca entendí tu aparente frivolidad (" *retiraos del hombre, cuya vida es un soplo, ¿ qué estima podéis hacer de él ?* "), ni la ligereza de tu comportamiento aun cuando conocías ya la naturaleza de tu mal (" *...y la tierra descubrirá su sangre, no encubrirá más sus asesinatos* ").

Cuando fui a verte -sin saber que era la última vez que lo hacía- parecías contento. Te habías reconciliado un poco con la vida (" *sacaréis con alegría el agua de las fuentes de la salud* "). Cuando empezaste a contarme proyectos, enseguida me animé (" *fortaleced las manos desfallecidas y afianzad las rodillas vacilantes* "). De una caja sacabas fotografías, esta vez no eran los toscos residuos de aventuras del exceso ni de tu particular invención del cuerpo libertino. Eran, sencillamente, fotografías de familia. Por primera vez me sentí casi cómodo . Se hizo el silencio entre nosotros, mientras, en el aparato de televisión, el agente Cooper yacía en el suelo tras recibir tres disparos. El monólogo de éste con su grabadora "Diane", vino a substituir el tuyo conmigo:

<<... tengo dolores y he perdido mucha sangre. Ahora sé que esto no es tan terrible como yo pensaba, lo importante es sacarte el miedo del cuerpo. Es lo mismo que cualquier otra situación en la vida, si se puede pensar en ello sin miedo no es tan terrible... (...) ... después de todo está es una interesante experiencia...>>

Entonces volviste tu mirada hacia mí y sonreíste -¿ o quizá torciste la boca?- (" *decid a los apocados de corazón: ¡Valor!* "). Yo también hice una mueca que intentaba ser amable (" *y sucederá que el que huya de la voz de pánico caerá en la hoya, y el que salga del medio de la hoya, se enredará en la red* ").

Hablé contigo por teléfono. Ante mi requerimiento -quería verte- tú me dijiste sin ninguna amargura: hay cosas que deben hacerse a solas (" *día y noches me consumes, grito hasta la mañana, pues como león quebranta todos mis huesos* ") y no te dije lo que en aquel momento pensé: tú siempre has estado solo (" *huirán mil ante la amenaza de uno solo* ")

No pasaron más de dos semanas. Aquella mañana cálida y radiante, el sol tibio de invierno amenazaba con un plácido domingo restaurador. Porque el mundo es extraño, no hay nada

más intranquilizador que una apacible apariencia. El esperado mensajero llegó, la indecible sospecha se confirmó ("*toda la Tierra está en paz, toda en reposo, exulta alegría,... hasta los cipreses se alegraron de ti ... desde que yaces*").

Me inundó la inútil tristeza del que se sabe vivo ("*está en duelo el mosto, y la vid languidece, y suspiran todos los alegres de corazón*"). Y en el fondo un secreto reproche: ¡si no hubieras vivido como lo has hecho! ("*si vosotros queréis, si sois dóciles, comeréis los bienes de la tierra "... " si no queréis y os rebeláis, seréis devorados por la espada*"). Tú tienes la culpa, tú tienes la culpa ("*por eso la maldición devora la tierra, y son culpables sus moradores. Por eso arderán los moradores de la tierra y quedarán pocos hombres*").

Pero ninguno de nosotros vive para sí mismo ("*se derretirán los montes por la sangre de ellos*"); ninguno de nosotros muere para sí mismo ("*y los de alma descarriada aprenderán la sabiduría, y los murmuradores aprenderán la doctrina*"), o ¿quizá sí?

LEO PRO
AJENO
CARDIN
CHAMA
TRAVE
COMO
YIN Y
POR DE
NI MAS
TOMET

XIMION
ALBERTO
GUERRER
NES Y AJE
STIS ALBE
NADA C
AN DE TR
LANTE SI
CARDIN
AD EST